



El rostro fijo de las perversiones

El crecimiento de las perversiones no es un tema moralizador que habría obsesionado a los espíritus escrupulosos de los Victorianos. Es el producto real de la interferencia de un tipo de poder sobre el cuerpo y sus placeres. Es posible que Occidente no haya sido capaz de inventar placeres nuevos, y sin duda no descubrió vicios inéditos. Pero definió nuevas reglas para el juego de los poderes y los placeres: allí se dibujó el rostro fijo de las perversiones.¹

La historia de la sexualidad en los tiempos modernos es una historia sobre la propagación epidémica de la perversión. Según Foucault, la Europa del siglo XIX fue testigo de una proliferación masiva de perversiones que no eran simplemente discursivas o imaginarias, sino reales. Esta es la época durante la cual la perversión cobró fuerza, ocupando no sólo el centro del escenario sino también todos los puntos periféricos de la escena social. “La sociedad moderna es perversa”, argumentó Foucault, “no a despecho de su puritanismo o como contrapartida de su hipocresía; es perversa directa y realmente”². En lugar de pensar en el crecimiento de las perversiones como un episodio en el que algo que durante mucho tiempo se mantuvo subterráneo o marginal finalmente saltó a la luz, Foucault nos animó a verlo como el momento de surgimiento de algo nuevo. Quiero considerar qué ha sucedido con este fenómeno del siglo XIX desde su aparición, trazando una genealogía de la perversión, centrada particularmente en su estatus dentro del discurso psicoanalítico. El ensayo pregunta, en resumen, ¿dónde se han ido todos los perversos?

Al explicar el sentido de su afirmación de que la sociedad moderna “es perversa directa y realmente”, Foucault tendía a emplear los términos “perversión” y “sexualidad” como si fueran prácticamente sinónimos, como si lo que distinguiera al siglo XIX fuera una contaminación de todo el campo sexual por lo perverso, una perversión completa y total:

¹ Michel Foucault, *The History of Sexuality*, vol.1, *An Introduction*, trans. Robert Hurley, New York: Random House, 1978, p. 48. [Foucault, Michel, *Historia de la sexualidad*, tomo I, *La voluntad de saber*, México, Siglo XXI, 1977, p. 62]

² Foucault, *The History of Sexuality*, vol.1, p. 47. [Foucault, *La voluntad de saber*, p. 62]





Las sexualidades múltiples —las que aparecen con la edad (sexualidades del bebé o del niño), las que se fijan en gustos o prácticas (sexualidad del invertido, del gerontófilo, del fetichista ...), las que invaden de modo difuso ciertas relaciones (sexualidad de la relación médico-enfermo, pedagogo-alumno, psiquiatra-loco), las que habitan los espacios (sexualidad del hogar, de la escuela, de la cárcel)— todas forman el correlato de procedimientos precisos de poder... Esos comportamientos polimorfos fueron realmente extraídos del cuerpo de los hombres y de sus placeres; o más bien fueron solidificados en ellos; mediante múltiples dispositivos de poder.³

La multiplicación de las sexualidades implica la propagación de la desviación respecto de un único estándar o forma ideal de sexo: implica, en resumen, una perversión. Si *La voluntad de saber* puede leerse como una historia de la perversión, es porque la teoría del poder de Foucault se forma a partir de la teoría freudiana del niño como perverso polimorfo. Múltiples en lugar de singulares, dispersas en lugar de centralizadas, actuando directamente sobre el cuerpo sin la mediación de la conciencia, y capaces de producir placer a cada paso, las relaciones políticas modernas son descritas muy acertada —y repetidamente— por Foucault como *polimorfos*⁴. *La voluntad de saber*, que ofrece un relato del poder cuyo modelo es el de la perversión, traza una relación recursiva entre los fenómenos decimonónicos que describe y el modelo ideado para explicarlos.

Es debido al hecho de que las sexualidades múltiples “todas forman el correlato de procedimientos precisos de poder”, que la perversión no puede considerarse como necesariamente transgresora o subversiva. Este punto (que tanto los acólitos de Foucault como sus detractores pasan por alto) requiere que se aprecie cómo se produce la perversión en y a través de relaciones de poder, en lugar de hacerlo en algún espacio puramente oposicional no contaminado por tales relaciones. La perversión sexual proliferó durante el siglo XIX como consecuencia de la multiplicación de nuevas relaciones biopolíticas; relaciones que, al permanecer irreductibles a

³ Foucault, *The History of Sexuality*, vol.1, p. 47. [Foucault, *La voluntad de saber*, p. 62]

⁴ A lo largo de su análisis de las relaciones biopolíticas en *La historia de la sexualidad*, Foucault emplea un vocabulario similar al que Freud utiliza para describir la multiplicidad, plasticidad y parcialidad de las pulsiones, hablando de las “técnicas polimorfos del poder” (p. 11), la “incitación polimorfa al discurso” (p. 34), el “poder causal polimorfo” (p. 65), etcétera. En " An Impossible Embrace: Queerness, Futurity, and the Death Drive" en *A Time for the Humanities: Futurity and the Limits of Autonomy*, ed. James J. Bono, Tim Dean, and Ewa Plonowska Ziarek (New York: Fordham University Press, 2008), muestro cómo Foucault destotaliza las relaciones de poder del mismo modo que la teoría de la pulsión de Freud destotaliza el cuerpo humano.



cualquier concepción o forma de ley, no son, por tanto, susceptibles de transgresión. Hago hincapié en que Foucault no considera la perversión como transgresora porque, en ciertos círculos psicoanalíticos, tienden a plantearse afirmaciones sobre su impotencia política, como si se *opusieran* a Foucault. Dejemos que el siguiente comentario de Jacques-Alain Miller, glosando un conocido neologismo lacaniano, resulte representativo: “Lacan lo hizo sabiamente con un juego de palabras cuando hablo de eso en francés: *père-version*, o sea perversión, en francés o inglés jugando con una palabra que es intraducible, *père-version*: dos palabras, de las cuales *père* es padre. Diríamos hacia el padre, *una vuelta al padre, un llamado al padre*, lo que recuerda que la perversión en ningún sentido es una subversión”⁵. Desde este punto de vista (que comentaristas como Slavoj Žižek nunca se cansan de reiterar), el perverso rinde homenaje encubiertamente a la ley paterna, incluso cuando se imagina a sí mismo subvirtiéndola.

Basta reflexionar un momento para darse cuenta de que la reescritura de la perversión como *père-version* se aplica tanto a los lacanianos como a los así llamados perversos. En su retorno a Freud, Lacan y sus seguidores recurren incesantemente al padre del psicoanálisis en busca de autorización; de hecho, el ingenioso neologismo *père-version* podría servir como rúbrica para describir toda la empresa psicoanalítica francesa. Y, como cualquier psicoanalista debería saber, un chiste a expensas de lo sexualmente no normativo repercute fácilmente en quien lo pronuncia. Mi propósito aquí no es tanto interpretar esos momentos sintomáticos en los discursos psicoanalíticos sobre la perversión, por muy abundantes que sean, sino analizar esos discursos y sus efectos. Me interesa particularmente el muy desarrollado discurso lacaniano sobre la perversión que, en sus variantes clínica y crítica, mantiene una vigencia notable a pesar de la disminución de otros discursos sobre el tema.

Si Foucault y Lacan están de acuerdo en que la perversión no es necesariamente transgresora, ¿debería entonces entenderse que dicen esencialmente lo mismo? La diferencia crucial no se refiere a la cuestión de la posible subversión de la perversión, sino a cómo surge y cómo se estructura. Mientras que la explicación de Lacan sobre la perversión la considera como un modo distintivo de relacionarse con la ley paterna, la explicación de Foucault sigue siendo inseparable de una crítica de las concepciones jurídicas del poder. Esa crítica demuestra cómo el

⁵ Jacques-Alain Miller, “On Perversion,” in *Reading Seminars I and II: Lacan’s Return to Freud*, ed. Richard Feldstein, Bruce Fink, and Maire Jaanus, Albany: State University of New York Press, 1996, p. 308 [Miller, Jacques-Alain, Fundamento de la perversión, en *Perversidades*. aavv., EOL-Paidós, Buenos Aires, Barcelona, México, sin fecha de impresión, p. 17]; itálicas en el original.



poder moderno funciona más a través de la normalización que a través de la ley; en otras palabras, cómo técnicas políticas cada vez más refinadas para incitar, engendrar y producir formas de individualidad psicológica llegaron a reemplazar las técnicas jurídicas de prohibición, exclusión y mortificación. La perversión ejemplifica este cambio de época, en la medida en que el siglo XIX fue testigo de una implacable transposición de diversos actos y comportamientos en identidades subjetivas discretas. Según las famosas palabras de Foucault: “El sodomita era un relapso; el homosexual es ahora una especie”⁶. El llamado perverso es una creación biopolítica, pero no por ello menos real.

La crítica de Foucault a las concepciones jurídicas del poder deja claro cómo pensar la perversión principalmente en términos de la ley (ya sea ley monárquica, canónica, estatal o paterna) supone una comprensión bastante ingenua acerca del funcionamiento del poder. La estructura de la perversión no puede concebirse únicamente en términos de su relación con la ley, como suelen hacer los lacanianos. Sin embargo, no se desprende de la crítica de Foucault que la perversión “sea en realidad una construcción discursiva generada para definir la vida normativa”⁷. Esta afirmación confunde los términos de la explicación de Foucault, reduciéndola a una caricatura deconstructiva desprovista de toda especificidad histórica, en la que el perverso puede ser leído – y luego fácilmente descartado– como “una construcción discursiva” cuya razón de ser reside en apuntalar la sexualidad normal por medio del contraste. El punto, para Foucault, es que la capacidad misma de invocar la perversión como categoría de identidad –“el perverso”– es lo que normaliza. El efecto de la normalización radica en la consolidación de actos dispares en una identidad.

De esto se deduce que *cualquier* invocación de la sexualidad como identidad –o como estructura duradera de subjetividad– es potencialmente normalizadora. Cada vez que los lacanianos se refieren a “el perverso” como si este término denotara un sujeto identificable, movilizan un discurso normalizador, cualesquiera que sean sus intenciones. Es axiomático que cada significante arrastra una cantidad de asociaciones que ningún hablante individual puede controlar; significantes como “perversión” o “el perverso” no son una excepción. Algunos

⁶ Foucault, *The History of Sexuality*, vol.1, p. 43. [Foucault, *La voluntad de saber*, p. 57]

⁷ Molly Anne Rothenberg and Dennis Foster, “Beneath the Skin: Perversion and Social Analysis,” in *Perversion and the Social Relation*, ed. Molly Anne Rothenberg, Dennis Foster, and Slavoj Žižek, Durham: Duke University Press, 2003, p. 4.



psicoanalistas han tratado de eliminar el bagaje moralizante del término perversión; otros, reconociendo la imposibilidad de hacerlo del todo, han retirado el término, prefiriendo hablar en lugar de parafilias⁸. Sin embargo, la suposición de que varios problemas ideológicos pueden superarse simplemente sustituyendo un término por otro traiciona una forma de idealismo nominalista al que no deberían reducirse ni la teoría lacaniana ni la foucaultiana. El problema del bagaje moralizante que acompaña a un diagnóstico de perversión es más complejo, entre otras cosas porque, como sostiene el filósofo Ian Hacking, “las formas de clasificar a los seres humanos interactúan con los seres humanos que están clasificados”⁹.

Otra forma de expresarlo sería decir que lo que el biopoder creó en el siglo XIX no debería considerarse como construcciones arbitrarias, sino como seres vivos. “El perverso” no es menos real por haber nacido en un momento histórico particular y, por lo tanto, no puede ser rehabilitado simplemente mediante una nueva nominación. Lo que encuentro sorprendente es que varias estrategias del psicoanálisis lacaniano mantienen viva una clasificación prefreudiana de anomalía sexual. Mientras que Foucault identificó una verdadera epidemia de perversión a finales del siglo XIX, sería plausible considerar el final del siglo XX como la era de la virtual extinción del perverso, si no fuera por su longevidad en el discurso psicoanalítico francés. Si hoy uno desea ver criaturas como el búfalo, que fue sorprendentemente populoso durante el siglo XIX, debe acudir al zoológico; del mismo modo, si uno desea observar a los perversos en el siglo XXI, debe recurrir al lugar donde han sido acorralados: las páginas de la *École de la Cause Freudienne*. Este ensayo intenta evaluar los diversos efectos contradictorios de la inquebrantable convicción de los lacanianos en la indudable existencia de genuinos perversos.

Hasta ahora he estado hablando como si el término perversión no requiriera definición, como si su significado fuera indiscutible. Nada podría estar más lejos de la verdad. Sin embargo, buscar una definición adecuada de perversión tiende a generar más problemas que soluciones. En esto estoy de acuerdo con el psicoterapeuta Nick Totton, quien sostiene lo siguiente:

⁸ A partir de la tercera edición de su *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* (1980), la Asociación Americana de Psiquiatría ha sustituido el término “perversión” por el de “parafilia”, sin eliminar, no obstante, la perspectiva patologizadora que acompaña al término históricamente anterior.

⁹ Ian Hacking, *The Social Construction of What?* Cambridge: Harvard University Press, 1999, p. 31.





No hay forma de evitarlo: la palabra “perversión”, por etimología y uso, es claramente a la vez *normativa*, implicando que hay un camino recto al que este camino torcido se opone, y *punitiva*, un sello de desaprobación sobre aquellos percibidos como malos. y/o inadecuados. Es más, ni siquiera existe una definición sólida y consensuada de “perversión” en términos psicoanalíticos. La palabra puede usarse, y se usa, de maneras muy diferentes, y algunas de las definiciones propuestas dan por sentada por completo la cuestión de la etiología, sin abordarla adecuadamente (...) Perversión, entonces, es un término inútil tanto por su amplia vaguedad de uso como por sus connotaciones moralistas/patologizantes. Pero sustituirlo por “parafilia”, o algún término equivalente, simplemente tapa las grietas de nuestro pensamiento, pretendiendo una neutralidad de valores que no es ni legítima ni auténtica. ¿Es posible que “perversión” sea en realidad un término *provechosamente* indigerible, que nos obligue a tomar conciencia de las tensiones que existen dentro del concepto, de las diferencias políticas que provoca?¹⁰

Como “provechosamente indigerible”, productivamente inmetabolizable, la categoría de perversión clama por una investigación genealógica. Para empezar, ¿cómo llegó al psicoanálisis una noción cuyos orígenes se encuentran en la teología?

La mejor respuesta a esa pregunta la proporciona el filósofo Arnold I. Davidson, quien remonta la historia de la perversión como entidad nosológica hasta el declive de la anatomía patológica en el siglo XIX. La anatomía patológica, basada en el supuesto de que toda enfermedad tiene una base orgánica, no logró explicar los trastornos sexuales en los que ni los órganos reproductivos ni el cerebro de los sujetos estaban afectados. La noción de instinto suturó esta brecha explicativa al proporcionar una concepción de la sexualidad basada menos en la anatomía que en la función; de ahí la aparición, a mediados del siglo XIX, de una clase de enfermedades funcionales ejemplificadas por la perversión sexual y la histeria. Sólo postulando algo llamado instinto y atribuyéndole una función determinada análoga a la de un órgano, fue posible concebir ciertas actividades eróticas no como ilícitas o ilegales, sino positivamente patológicas. La sexualidad se convirtió en un asunto de expertos médicos, no sólo de sacerdotes y jueces, una vez que se introdujo la noción de instinto funcional y, con ella, la de perversión. Según la primera edición del *Oxford English Dictionary*, la acuñación inicial de este sentido moderno de perversión

¹⁰ Nick Totton, “Birth, Death, Orgasm, and Perversion: A Reichian View,” en *Perversion: Psychoanalytic Perspectives / Perspectives on Psychoanalysis*, ed. Dany Nobus and Lisa Downing, London: Karnac, 2006, pp.127-28; itálicas en el original.





se produjo en 1842, en el *Medical Lexicon* de Dunglison, donde se caracteriza como “una de las cuatro modificaciones de la función en la enfermedad; siendo las otras tres aumento, disminución y abolición”¹¹.

Para que la perversión existiera como entidad específicamente nosológica, era indispensable el consenso sobre la función del instinto sexual. Así como es necesario conocer la función, digamos, del hígado para saber cuándo está enfermo, también es necesario tener certeza sobre la función del instinto sexual para diagnosticar sus patologías de manera confiable. Como dice Davidson: “De haber negado alguien que el instinto sexual tenía una función natural o que esa función era la procreación, las enfermedades de la perversión, tal como las entendemos, no habrían entrado en la nosología psiquiátrica.”¹². Por supuesto, fue Freud quien formuló tal negación, en sus *Tres ensayos sobre teoría sexual*, cuando cortó el vínculo funcional entre instinto y objeto al argumentar que “la pulsión sexual es al comienzo independiente de su objeto, y tampoco debe su génesis a los encantos de este”¹³. El concepto freudiano de *Trieb* destruye la noción psiquiátrica de un instinto sexual funcional y, por tanto, destruye el significado, la validez conceptual de la idea de perversión sexual. Si el instinto no tiene una función natural o predeterminada, entonces no hay nada que pervertir. Davidson es único, entre los filósofos foucaultianos, por reconocer hasta qué punto Freud rompió con sus contemporáneos en este tema y creó un nuevo espacio epistemológico, uno en el que “la perversión ya no es un concepto legítimo”¹⁴.

Sin embargo, no sólo se sigue empleando el diagnóstico de perversión como si *fuera* un concepto legítimo un siglo después, sino que psicoanalistas que declaran ser fieles a Freud intentan regularmente su renovación conceptual. Los lacanianos no dudan en jurar lealtad a una concepción

¹¹ *Oxford English Dictionary* (Oxford: Clarendon Press, 1933), vol.7, p. 739. Citado en Arnold I. Davidson, *The Emergence of Sexuality: Historical Epistemology and the Formation of Concepts*, Cambridge: Harvard University Press, 2001, p. 14.] [Davidson, Arnold, La aparición de la sexualidad, Alpha Decay S.A., Barcelona, 2004, p. 43.]

¹² Davidson, *The Emergence of Sexuality*, p.16. [Davidson, Arnold, La aparición de la sexualidad, Alpha Decay S.A., Barcelona, 2004, p. 43.]

¹³ Sigmund Freud, *Three Essays on the Theory of Sexuality*, in *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, vol.7, ed. and trans. James Strachey, London: Hogarth Press, 1953, p. 148. [Sigmund Freud, *Tres ensayos de teoría sexual*, en *Obras completas*, vol. VII, Amorrortu Editores, 1978, p. 134] En *Beyond Sexuality* (Chicago: University of Chicago Press, 2000, pp. 232-68), elaboro las implicaciones para la teoría queer de la tesis radical de Freud sobre este tema; aquí, por el contrario, deseo centrarme en sus implicaciones para las teorías postfreudianas de la perversión.

¹⁴ Davidson, *The Emergence of Sexuality*, p. 90 [Davidson, La aparición de la sexualidad, p. 45.]



radicalmente antinatural de la pulsión, mientras al mismo tiempo hablan sin ironía de los perversos¹⁵. ¿Cómo es esto posible? Para encontrar algo que se acerque a una respuesta satisfactoria, necesitamos considerar más a fondo la genealogía de la perversión, particularmente la posición en ella de la homosexualidad, o de lo que originalmente se conoció como “instinto sexual contrario”.

Hemos observado cómo, una vez entendido un instinto en términos funcionales, la perversión representa uno de los cuatro tipos de perturbaciones patológicas a las que puede quedar sujeto. En lo que respecta a un instinto específicamente sexual, las perturbaciones de tipo perverso son considerablemente más fáciles de identificar que las de aumento, disminución o abolición, ya que estas últimas son cuestiones de grado, mientras que la perversión aparece como una perturbación de clase –un problema de naturaleza, no de querer demasiado o muy poco sexo, sino desearlo con el tipo de objeto equivocado. En sus elegantes esquemas clasificatorios, los sexólogos del siglo XIX como Krafft-Ebing subdividieron la perversión en cuatro categorías más: sadismo, masoquismo, fetichismo e instinto sexual contrario (proliferaron subcategorías adicionales, como suele ocurrir en cualquier empresa clasificatoria, pero éstas fueron las principales divisiones cuatripartitas)¹⁶. Quizás no sea sorprendente que las perturbaciones del instinto que tomaban la forma de *inversión* sexual fueran las más fácilmente identificables y, por tanto, las más numerosas. Otras prácticas perversas, como el sadismo, el masoquismo y el fetichismo, a veces podrían calificarse como elementos de juegos previos, meros desvíos en el camino hacia la unión heterosexual; en tales casos se podría interpretar que la función natural del instinto no está irrevocablemente pervertida. Pero mientras el instinto se entienda en términos funcionales (siendo su función la reproducción de la especie), hay algo inequívocamente perverso en la homosexualidad. El término en gran parte olvidado “instinto sexual contrario” infiere que la atracción erótica entre miembros del mismo sexo *ejemplifica* la perversión del instinto. Los homosexuales son los perversos ejemplares.

¹⁵ La distinción entre instinto y pulsión, oscurecida por la tendencia de Strachey a traducir tanto *Instinkt* como *Trieb* con la palabra inglesa “instinct”, es bien conocida y no requiere ser repetida aquí. En mi ensayo “An Impossible Embrace” (Un abrazo imposible) en *A Time for the Humanities: Futurity and the Limits of Autonomy*, ed. James J. Bono, Tim Dean, and Ewa Plonowska Ziarek (New York: Fordham University Press, 2008), intento destacar el significado de esta distinción con respecto al concepto, tan mal entendido, de la pulsión de muerte.

¹⁶ Ver Richard von Krafft-Ebing, *Psychopathia Sexualis: A Medico-Forensic Study*, trans. Harry E. Wedeck, New York: Putnam’s, 1965, pp. 34-36.



Sin embargo, no sólo los homosexuales –principalmente hombres, pero también algunas llamativas mujeres– estaban entre los más visibles y populosos de los diversos perversos descubiertos durante el período victoriano. La noción de instinto sexual que permitió su descubrimiento también tuvo el efecto de interiorizar sus prácticas perversas como otras tantas identidades subjetivas, como formas de individualidad que empezaban a ser viables. Esto es lo que Hacking entiende por “los efectos bucle de los tipos humanos”: la forma en que clasificar a los seres humanos genera consecuencias entre quienes están clasificados, de modo que ya no son exactamente lo que eran antes de la clasificación; de hecho, es posible que la clasificación en sí ya no sea lo que era una vez que quienes son clasificados reaccionan de un modo u otro¹⁷. Con el declive de la anatomía patológica y el consiguiente surgimiento del instinto como dispositivo explicativo, los trastornos sexuales quedaron sujetos a la psicología. En otras palabras, la patología sexual se explicaba mediante la referencia a algo dentro de una persona que no podía verse, algo que ninguna autopsia o examen físico revelaría. Fue a través de esta *psicologización del sexo* que lo que antes se había considerado en términos de actos inmorales o ilegales pasó a ser considerado en términos de personalidad; de ahí “el perverso” como tipo clínico y caracterológico.

Las identidades así creadas han sobrevivido al concepto que las creó. Aunque Freud socavó el concepto de instinto sexual funcional hasta el punto de disolverlo, las formas de individualidad erótica nacidas durante la epidemia de perversión del siglo XIX han demostrado ser más duraderas. Se podría decir que han cobrado vida propia. Puede que la perversión ya no sea un concepto legítimo, pero los homosexuales todavía existen. Si el espacio conceptual que dio origen a una explicación específicamente psicológica de la perversión sexual ha caído en desuso, no así las prácticas que se suponía que esa explicación debía explicar. Es aún más notable, entonces, que los psicoanalistas contemporáneos, que nunca suscribieron la noción de un instinto sexual funcional, hayan adoptado sin embargo la taxonomía victoriana cuatripartita de la perversión de Krafft-Ebing. Estos analistas y sus seguidores académicos continúan exponiendo sobre el sadismo, el masoquismo, el fetichismo y la homosexualidad como si estas categorías del siglo XIX pudieran invocarse hoy sin problemas.

¹⁷ Véase Ian Hacking, “The Looping Effects of Human Kinds,” in *Causal Cognition: A Multidisciplinary Approach*, ed. Dan Sperber, David Premack, and Ann J. Premack, Oxford: Clarendon Press, 1995, pp. 351-83.



Es importante resaltar que estas categorías solo pueden estar unidas si uno se mantiene fiel a la lógica que las agrupó inicialmente bajo la misma rúbrica. Como sostiene Davidson,

No es en absoluto evidente por qué el sadismo, el masoquismo, el fetichismo y la homosexualidad deben ser tratados como especies de la misma enfermedad puesto que no parecen tener rasgos esenciales comunes. No obstante, si se considera que la función natural del instinto sexual es la propagación, resulta posible ver por qué todos ellos se clasifican como perversiones. Todos manifiestan el mismo tipo de expresión perversa, el mismo tipo básico de desviación funcional. Por ello, esta comprensión del instinto permite un tratamiento *unificado* de la perversión, encuadrar en el mismo tipo de enfermedad natural un grupo aparentemente heterogéneo de fenómenos.¹⁸

Sin esta comprensión del instinto, no puede haber una justificación coherente para agrupar prácticas tan diversas bajo la misma rúbrica. Sin embargo, encontramos precisamente este tipo residual de epistemología victoriana en todos los textos canónicos lacanianos; por ejemplo, en el “Índice razonado de los conceptos principales” adjunto a los *Écrits* de Lacan, donde bajo el título de “Perversión” encontramos las subcategorías “sadomasoquismo”, “escotofilia” (una sola referencia) y “homosexualidad”¹⁹. Aunque el fetichismo no se menciona en este índice, los lacanianos afirman habitualmente que representa la perversión ejemplar, ya que el fetichismo está estructurado por la renegación, el mecanismo psíquico que distingue la perversión de la neurosis, por un lado, y la psicosis, por el otro. Dejando a un lado la consideración de la renegación por ahora, quiero enfatizar que, en su empeño en emplear la perversión como categoría diagnóstica cuando discuten las variedades de la vida erótica así clasificadas por Krafft-Ebing, los lacanianos traicionan una de las ideas más básicas del descubrimiento freudiano. El problema no es simplemente que, como reconoció Lacan, “el analista está tan expuesto como cualquier otro a un prejuicio sobre el sexo, fuera de lo que le descubre el inconsciente”²⁰. Más bien, el problema se

¹⁸ Davidson, *The Emergence of Sexuality*, pp.15-16 [Davidson, *La aparición de la sexualidad*, p. 45.]; itálicas en el original.

¹⁹ Jacques Lacan, *Écrits: The First Complete Edition in English*, trans. Bruce Fink, New York: Norton, 2006, p.857 [Lacan, Jacques, *Escritos 2*, Siglo XXI, México, 1975, p. 863.] El índice ha sido elaborado por Jacques-Alain Miller, quien tal vez ha hecho más que ningún otro psicoanalista francés por mantener vivo el moribundo concepto decimonónico de perversión.

²⁰ Jacques Lacan, “Guiding Remarks for a Convention on Female Sexuality,” in *Écrits: The First Complete Edition*, p.615. [Lacan, Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina, en *Escritos 2*, p. 694.]



refiere a aquello que desaparece de la vista y que, de hecho, se vuelve impensable una vez que volvemos a las nociones psicológicas prefreudianas de la sexualidad.

Los psicoanalistas aman a sus perversos o, al menos, les encanta hablar de ellos. Los lacanianos tienen mucho que decir sobre la perversión, aunque a menudo no está claro de dónde obtienen su información. Las fuentes son escasas y menos fiables que la mayoría de las otras fuentes. Entre las diversas historias clínicas de Freud, ninguna es la de un perverso: tenemos el testimonio clínico de varias histéricas (Dora, Anna O., Emmy von N., etc.), de dos neuróticos obsesivos (el hombre de las ratas, el hombre de los lobos), de un fóbico. (El pequeño Hans), e indirectamente de un distinguido psicótico (Schreber). Si bien estos casos pueden dividirse fácilmente entre diagnósticos de neurosis o psicosis, la tercera categoría diagnóstica postulada por los lacanianos –la de perversión– prácticamente no tiene base clínica en Freud. Esto se debe a que, como he indicado, un diagnóstico de perversión tiene poco sentido en términos freudianos (“tampoco la disposición para ellas [las perversiones] es una rara particularidad, sino que tiene que formar parte de la constitución juzgada normal”²¹). Volverse hacia el padre del psicoanálisis para que autorice ese diagnóstico resultaría infructuoso.

La única posible excepción sería el último y breve caso de Freud conocido como “Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina” (1920). Tal vez porque, a diferencia de sus historias clínicas más conocidas, la joven protagonista de “Psicogénesis” permanece anónima, sin siquiera el estatus limitado que confiere un seudónimo, este estudio ha sido un tanto descuidado hasta hace poco. Pero para nuestros propósitos está lejos de ser insignificante que, aun refiriéndose

²¹ Freud, *Three Essays on the Theory of Sexuality*, p.171. [Freud, *Tres ensayos de teoría sexual*, p. 156.] Este pasaje relevante dice:

“Con la pesquisa de las mociones perversas en cuanto formadoras de síntoma en las psiconeurosis hemos elevado extraordinariamente el número de hombres a quienes podría calificarse de perversos. No sólo los neuróticos mismos constituyen una clase muy numerosa; también ha de tenerse en cuenta que desde todas las formas de neurosis pueden establecerse series descendentes, sin solución de continuidad, hasta la salud. Por eso pudo decir Moebius, con buenos fundamentos, que todos somos un poco histéricos. Así, la extraordinaria difusión de las perversiones nos fuerza a suponer que tampoco la disposición para ellas es una rara particularidad, sino que tiene que formar parte de la constitución juzgada normal... Ahora se nos ofrece esta resolución del dilema: en la base de las perversiones hay en todos los casos algo innato, pero *algo innato en todos los hombres* (p. 156, itálicas en el original).



a esta joven virgen de 18 años como “homosexual” y “feminista”, Freud no la diagnostique como perversa, neurótica o psicótica. Ni histérica ni pervertida, “la muchacha no era una enferma —no padecía por razones internas ni se quejaba de su estado—”; ella “nunca había sido neurótica, no aportó al análisis un síntoma histérico”²². Sólo si nos suscribimos a la visión prefreudiana que consideraba la elección de objeto entre personas del mismo sexo como intrínsecamente perversa, tendría sentido aislar este caso particular como ejemplar de algo llamado perversión. Sin embargo, así es precisamente como Lacan analiza la “Psicogénesis” en el Seminario IV, *La relación de objeto*, y es como los lacanianos posteriores a él se han referido a “*la jeune homosexuelle*”, consolidando así la asociación entre perversión y homosexualidad²³. ¿Qué significa localizar la evidencia clínica ejemplar de perversión (un diagnóstico que los lacanianos insisten se aplica casi exclusivamente a los hombres) en un caso de homosexualidad en una *mujer*²⁴?

Más allá de la renuencia de Freud a etiquetar a la joven como perversa, su “ensayo profundamente digresivo e incoherente” ofrece bases inusualmente escasas para extrapolar tal diagnóstico²⁵. El análisis apenas comenzó cuando Freud lo terminó, y su contratransferencia es más flagrante en este caso incluso que en el de Dora. “Ahora seguía siendo homosexual por un desafío contra el padre”, afirma Freud, interpretando el deseo de la mujer en términos de hostilidad hacia una posición con la que él se identificaba fuertemente²⁶. Al leer hoy este historial, uno no

²² Sigmund Freud, “The Psychogenesis of a Case of Homosexuality in a Woman,” *Standard Edition*, vol. 18, p. 150 and p. 155. [Freud, Sigmund, Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina, en *Obras Completas*, vol. XVIII, p. 144 y p. 149]

²³ Véase Jacques Lacan, *Le séminaire, livre IV, La relation d’objet, 1956-1957*, ed. Jacques-Alain Miller, Paris: Seuil, 1994, pp. 95-147. [Lacan, Jacques, *El Seminario, libro IV, La relación de objeto, 1956-1957*, Paidós, Buenos Aires, 1994, pp. 97-149]. Para una versión lacaniana que interpreta “*la jeune homosexuelle*” como una histérica y no como una perversa, véase Ellie Ragland, “*The Hysteric’s Truth*”, en *Jacques Lacan and the Other Side of Psychoanalysis: Reflections on Seminar XVII*, ed. Justin Clemens y Russell Grigg, Durham: Duke University Press, 2006, pp. 69-87; y para una versión lacaniana que lee “*la jeune homosexuelle*” en términos de un desafío ético al psicoanálisis como tal, véase H. N. Lukes, “*Unrequited Love: Lesbian Transference and Revenge in Psychoanalysis*”, en *Homosexuality and Psychoanalysis*, ed., Tim Dean y Christopher Lane, Chicago: The New York Times. Tim Dean y Christopher Lane, Chicago: University of Chicago Press, 2001, pp. 250-64.

²⁴ Bruce Fink afirma que, “en términos psicoanalíticos, la perversión es un diagnóstico casi exclusivamente masculino” (*A Clinical Introduction to Lacanian Psychoanalysis: Theory and Technique*, Cambridge: Harvard University Press, 1997, p. 173). Véase también Jacques-Alain Miller, quien cita a Lacan en el sentido de que “la perversión es un privilegio masculino” (Miller, “*An Introduction to Lacan’s Clinical Perspectives*”, en *Reading Seminars I and II*, ed., Feldstein, Fink, and Fink. Feldstein, Fink y Jaanus, p. 243).

²⁵ John H. Gagnon, “Who Was That Girl?” in *That Obscure Subject of Desire: Freud’s Female Homosexual Revisited*, ed. Ronnie C. Lesser and Erica Schoenberg, New York: Routledge, 1999, p. 78.

²⁶ Freud, “Psychogenesis,” p. 159. [Freud, Sobre la psicogénesis... p. 152]



puede evitar la impresión de que transmite un sentido más fuerte de la relación de Freud con la sexualidad femenina que el de su paciente. Nunca escuchamos las propias palabras de la joven; de hecho, como sugiere Teresa de Lauretis, “un historial clínico pertenece a su autor, no a su caso”:

Es la historia de un caso, la reconstrucción de una trayectoria psíquica, una interpretación, una representación, un texto de ficción, y no una “historia real”. Es un texto que lleva la inscripción de una subjetividad, un deseo, que son mucho más los de su autor, Freud, que los de su personaje central, ya sea nombrado o no²⁷.

Si bien la reserva de De Lauretis se aplica a cualquier historia clínica, es excepcionalmente pertinente en este caso. Su perspectiva crítica nos permite comprender cómo no es el propio deseo de la joven sino su problematización por parte de otros lo que la llevó al consultorio de Freud en primer lugar. Si no fuera por la incompreensión homofóbica que enfrentó por parte de sus padres, particularmente de su padre, esta mujer probablemente no habría entrado en los anales del psicoanálisis. ¿Es su hostilidad hacia el padre o *la de él hacia ella* lo que debería verse como la fuente del problema? Sin el prejuicio heteronormativo que encontró, nunca habríamos oído hablar de ella.

Al relatar las circunstancias por las cuales esta mujer terminó en su diván, Freud señala que “no es indiferente que un individuo llegue al análisis por anhelo propio o lo haga porque otros lo llevaron”²⁸. Los psicoanalistas afirman que la perversión plantea desafíos especiales para la observación clínica porque, abandonados a sus estratagemas, los perversos tienden a mantenerse alejados del consultorio. Como dice Jacques-Alain Miller en su ensayo canónico sobre la perversión: “Podría decir esto de muchos perversos; ellos no piden análisis. Podemos llamar a esto la inanalizabilidad del perverso, que sólo se traduce en el hecho de que ellos no vienen a vernos para buscar el objeto perdido”²⁹. Los psicoanalistas siguen fascinados, incluso obsesionados, por

²⁷ Teresa de Lauretis, “Letter to an Unknown Woman,” in *That Obscure Subject of Desire*, ed. Lesser and Schoenberg, p. 38. En otro lugar, de Lauretis se apropia de la teoría específicamente freudiana de la perversión para desarrollar un relato afirmativo de la sexualidad lésbica (véase *The Practice of Love: Lesbian Sexuality and Perverse Desire*, Bloomington: Indiana University Press, 1994).

²⁸ Freud, “Psychogenesis,” p. 150. [Freud, *Sobre la psicogénesis...* p. 144]

²⁹ Miller, “On Perversion,” p. 309. [Miller, *Fundamentos de la perversión*, p. 20] En inglés el texto es bastante diferente: “Few pervers ask to undergo analysis. We might conclude that pervers are unanalyzable, but the fact is they simply don’t come asking to undergo analysis. [“Pocos perversos piden someterse a análisis. Podríamos llegar a la conclusión de que los perversos son inanalizables, pero lo cierto es que sencillamente no vienen pidiendo someterse a análisis.] Nota del traductor.



los perversos, pero el sentimiento parece no ser correspondido. ¿Es descabellado percibir un tufillo de amor no correspondido en el lamento de que “ellos no vienen a vernos para buscar el objeto perdido”?

Se podría considerar que su reticencia es totalmente explicable en referencia al lamentable trato que los así llamados perversos han recibido a manos de varios expertos médicos y psiquiátricos a lo largo de la historia. Sin embargo, los lacanianos tienen una explicación diferente. Sostienen que la satisfacción del perverso, que encuentre satisfacción en su modo de goce sexual, debe verse como un problema en sí mismo. Según Miller, los perversos

no vienen a vernos para buscar el objeto perdido, así que es de sentido común creer que, de algún modo, lo han encontrado y no tienen nada que esperar del análisis. Con el verdadero perverso, el efecto conocido desde Lacan como Sujeto Supuesto Saber no surge... Se necesita una cierta evacuación, un cierto vacío en el lugar del goce sexual para que pueda surgir el efecto SSS.³⁰

Para comprender exactamente lo que Miller está diciendo aquí debería ayudarnos dejar de lado la apelación, tan poco psicoanalítica, al sentido común. La así llamada satisfacción básica del perverso, su sensación de no necesitar del psicoanálisis para ser feliz se está interpretando como potencialmente patológica. No sólo se desconoce que los denominados perversos se mantienen alejados del análisis debido a una historia de maltrato, sino que además los modos de disfrute supuestamente perversos son vistos como un reto al conocimiento analítico. Al mostrarse despreocupado, el feliz perverso aparentemente inquieta al psicoanalista.

Además, desde una perspectiva lacaniana, el perverso representa un paciente escurridizo, porque nunca puedes estar seguro de tenerlo en la mira. “Entonces el perverso analizante es un analizante paradójico”, insiste Miller. “Al ser analizante, para un verdadero analizante siempre hay una pregunta. Y de algún modo podemos decir que la perversión se eclipsa en el diván o el paciente abandona el diván”³¹. Este acto de desaparición es confirmado por Bruce Fink, quien comienza su relato de perversión declarando que,

la mayoría de los médicos no ven a muchos pacientes que puedan calificarse con precisión como perversos, psicoanalíticamente hablando. Varios analistas estadounidenses contemporáneos parecen creer que los perversos en terapia abundan, pero cuando se los evalúa en términos de los criterios

³⁰ Miller, “On Perversion,” pp.309-10. [Miller, *Fundamentos de la perversión*, p. 20]

³¹ Miller, “On Perversion,” p. 310. [Miller, *Fundamentos de la perversión*, pp. 20-21]





lacanianos... la gran mayoría de las personas comúnmente denominadas perversos, de hecho, resultan ser neuróticos o psicóticos³².

¿A dónde se han ido todos los perversos? El problema es que, aunque los lacanianos conceden un peso extraordinario a la perversión, reclamándola como una de las tres únicas categorías diagnósticas que supuestamente comprenden toda la subjetividad humana, nunca llegan a conseguir un número suficiente de perversos para recopilar los datos clínicos necesarios. Parece ser que los neuróticos y los psicóticos son “moneda corriente”, pero los perversos resultan más esquivos.

La solución a lo que es menos un problema demográfico que epistemológico ha sido recurrir a la imaginación literaria. Apartándose de Freud, Lacan analiza la perversión a través de Sade y Gide; Otros analistas lacanianos han seguido el ejemplo y han descubierto en los escritos de Genet, Mishima o Nabokov la evidencia que parece tan marcadamente ausente en la experiencia clínica³³. “Ninguna otra estructura clínica está recuperada por referencias literales como cuando tratamos de la perversión”, reconoce Miller³⁴. Este alejamiento de los clínicos *de la clínica* plantea una serie de problemas metodológicos que plagan el discurso lacaniano sobre la perversión. El psicoanálisis aplicado, esa práctica más o menos reductiva de interpretar a los escritores y sus personajes literarios como si fueran pacientes en un diván, es bastante problemática. Pero cuando se trata de derivar categorías específicamente clínicas principalmente de textos literarios, tales

³² Fink, *A Clinical Introduction*, p. 165. Véase también a Dany Nobus, quien comenta que “los ‘verdaderos’ perversos no buscan la ayuda de profesionales de la salud mental, ni psicoanalíticos ni de otro tipo. De hecho, esta regla está tan comúnmente aceptada por la comunidad psicoanalítica que cada vez que un miembro afirma tener una enorme clientela de auténticos pervertidos, él mismo es considerado como una extraña y posiblemente perversa excepción”. (Nobus, “Introduction: Locating Perversion, Dislocating Psychoanalysis,” in *Perversion*, ed. Nobus and Downing, p. 14).

³³ Véase Lacan, “The Youth of Gide, or the Letter and Desire,” y “Kant with Sade,” in *Écrits: The First Complete Edition*, pp. 623-44 and pp. 645-68, respectivamente. [Lacan, “Juventud de Gide o la letra y el deseo” y “Kant con Sade”, en *Escritos 2*, pp. 703-726 y pp. 726-51 respectivamente.] Ver también Catherine Millot, *Gide, Genet, Mishima: Intelligence de la perversion*, Paris: Gallimard, 1996 (parcialmente traducido por James Swenson como “The Eroticism of Desolation,” in *Homosexuality and Psychoanalysis*, ed. Dean and Lane, pp. 210-31). Sobre Nabakov, véase Judith Feher-Gurewich, “A Lacanian Approach to the Logic of Perversion,” en *The Cambridge Companion to Lacan*, ed. Jean-Michel Rabaté, Cambridge: Cambridge University Press, 2003, pp. 191-207.

³⁴ Miller, “On Perversion,” p. 312. [Miller, *Fundamentos de la perversión*, p. 26. La traducción al inglés es distinta: “No other clinical structure involves as many literary references as perversion,” que se podría traducir como “Ninguna otra estructura clínica implica tantas referencias literarias como la perversión”.] Nota del traductor.



problemas se agravan hasta el punto de provocar una crisis epistemológica. Sin embargo, en lugar de impedir el desarrollo de un elaborado discurso lacaniano sobre la perversión, la escasez de evidencia aparentemente ha tenido el efecto contrario. La ausencia de perversos en el análisis permite a uno decir lo que quiera sobre ellos.

El problema de la inaccesibilidad de los perversos a la mirada clínica parece mágicamente resuelto, al menos en lo que respecta a muchos lacanianos, con la presencia de hombres homosexuales en el diván. De hecho, las contradicciones y la incoherencia conceptual que plagan el discurso psicoanalítico sobre la perversión son particularmente evidentes en las discusiones sobre la homosexualidad. Hablando de las categorías diagnósticas lacanianas, Miller comenta:

Una cuestión muy debatida es, por ejemplo, dónde debería situarse la homosexualidad, ya que ciertamente puede estar presente en la perversión, pero sabemos que también desempeña un papel en la psicosis (hasta el punto, de hecho, de que el propio Freud consideraba la paranoia como una defensa contra la homosexualidad). Un sujeto psicótico puede caracterizarse por la elección de objeto homosexual; en otras palabras, puede tener un modo perverso de disfrute sexual. Por tanto, la existencia de la homosexualidad no es como tal suficiente para justificar un diagnóstico de perversión³⁵.

Observemos cómo, al caracterizar la elección de objeto entre personas del mismo sexo como “un modo perverso de disfrute sexual”, Miller alinea la perversión con la homosexualidad en el mismo momento en que aparentemente cuestiona esa alineación. La única otra alternativa aquí parece ser la psicosis. Ser clasificado como psicótico o simplemente como un perverso: la elección que enfrenta el desafortunado homosexual de Miller resulta aún más execrable si consideramos el modo en que los lacanianos se distancian de esas categorías diagnósticas. Si las tres “estructuras clínicas” –neurosis, psicosis, perversión– comprenden todas las posiciones subjetivas posibles, llama la atención que los propios lacanianos sólo caigan en una de ellas. No sólo nunca hablan desde la posición de un psicótico declarado o de un perverso, sino que los lacanianos tienden a explayarse sobre la perversión como si su audiencia fuera exclusivamente heterosexual³⁶.

³⁵ Miller, “An Introduction to Lacan’s Clinical Perspectives,” p.242.

³⁶ La mezcla incómoda de fascinación y repulsión con la que los lacanianos observan a los llamados 'perversos' insinúa una extraña afinidad entre el psicoanálisis y la perversión, una afinidad a la que Miller alude al final mismo de su ensayo:





Los psicoanalistas se desidentifican rigurosamente de la así llamada posición del perverso, a pesar de (o quizás debido a) su fascinación por ella. “La perversión no es una estructura de deseo que evoca simpatía o afinidad”, afirma una refinada analista lacaniana, como si negara el hecho de que la homosexualidad, el sadomasoquismo y el fetichismo forman la base de múltiples comunidades y subculturas superpuestas en nuestro mundo contemporáneo³⁷. Sería más exacto decir que la perversión no es una estructura de deseo que evoque simpatía o afinidad *entre los lacanianos*. Cuando anuncia, como si revelara un hecho nada excepcional, que “todavía no me he encontrado con el raro espécimen que admitiría ser un perverso”, esta analista elude la pregunta de qué, de hecho, estaríamos admitiendo si nos identificáramos como tales; transmite así su sensación, típica entre los lacanianos, de que nadie en su sano juicio *admitiría* tal cosa³⁸. Cuando estos analistas discuten diferentes “estructuras clínicas” el tono varía notablemente según el diagnóstico involucrado: se tiende a hablar de los psicóticos con cierto grado de patetismo, mientras que los neuróticos evocan una simpatía discretamente divertida. Los lacanianos describen a los perversos, sin embargo, con un desprecio apenas disimulado, no porque (se nos asegura apresuradamente) las prácticas sexuales perversas diverjan de la norma heterosexual, sino porque “el perverso” se obstina en ignorar las lecciones y promesas del psicoanálisis. Debido al hecho de que los perversos se niegan tan alegre y exasperantemente a “entender” la diferencia sexual, los psicoanalistas parecen incapaces de dejar de hablar sobre ellos.³⁹

“Si el verdadero perverso se hace ser el objeto a, por la fórmula de Lacan podemos deducir muy simplemente por qué es incompatible con el análisis. Como tal el analista en la operación analítica se hace ser tal objeto a, y debemos distinguir al analista como objeto a y al perverso como objeto a.” (Miller, “On Perversion,” p.318. [Miller, *Fundamentos de la perversión*, p. 36.]

En un útil artículo sobre esta homología, Dominiek Hoens enfatiza cómo “la similitud entre el discurso analítico y la perversión... es llamativa y desconcertante, pero con demasiada frecuencia y rapidez se descarta como algo que ciertamente no puede o no debería ser el caso”. Véase Hoens, “Toward a New Perversion: Psychoanalysis,” in *Jacques Lacan and the Other Side of Psychoanalysis*, ed. Clemens and Grigg, p. 98.

³⁷ Feher-Gurewich, “A Lacanian Approach to the Logic of Perversion,” p. 191.

³⁸ Feher-Gurewich, “A Lacanian Approach to the Logic of Perversion,” p. 191. Por lo tanto, cualquier conocimiento afirmado por el llamado perverso debe ser desmitificado como ilusorio. Lisa Downing resume muy bien este problema: “Una de las principales contradicciones inherentes a los escritos psicoanalíticos sobre la perversión es la tendencia, por un lado, a negar la autenticidad de la autodesignación e identidad del ‘perverso’ y, por otro, a cosificarlo como un tipo, una entidad clínica”. (Downing, “Perversion, Historicity, Ethics,” in *Perversion*, ed. Nobus and Downing, p. 152).

³⁹ Al describir, en su capítulo sobre la perversión, el caso de “un niño muy pequeño” que “corre el riesgo de [ser] abandonado a la psicosis o la perversión”, Bruce Fink comenta que “el terapeuta también haría bien en explicar la diferencia sexual, con imágenes si es necesario” (*A Clinical Introduction*, p. 275 n.73). Lo peculiar aquí no es tanto la suposición familiar de que la diferencia sexual evitaría el desastre, rescatando a



Si uno cree que la perversión surge de una negación primordial de la diferencia sexual, entonces es fácil considerar la homosexualidad masculina como una formación perversa. De hecho, si el principal criterio diagnóstico de perversión implica la actitud adecuada hacia la diferencia sexual (normalmente formulada en términos de la actitud adecuada hacia la “mujer”), entonces resulta casi imposible distinguir a los hombres homosexuales de los perversos. Cuando, en su ensayo sobre la perversión, Miller contempla al “psicoanalista que toma a los homosexuales como analizantes”, se pregunta en voz alta si es “es posible para un análisis llegar al propio fin de su camino sin levantar el temor a la feminidad”⁴⁰. La suposición de que el deseo entre personas del mismo sexo surge del miedo al sexo opuesto alinea esta explicación lacaniana con la de los psicólogos del yo estadounidenses de mediados de siglo, como Sandor Rado, quienes propusieron exactamente la misma explicación para la homosexualidad masculina en 1940⁴¹. La recirculación de tales antigüedades medio siglo después revela hasta qué punto el psicoanálisis francés contemporáneo, aparentemente un mundo aparte de la psicología del yo, sigue siendo rehén de una noción fundamentalmente heterosexista de relacionalidad erótica. Conceptualizar el eros humano principalmente a través del eje de la diferencia sexual –un movimiento evidente en muchas teorías feministas y psicoanalíticas de la sexualidad– implica un privilegio injustificado de la heterosexualidad como modelo normativo de las relaciones sexuales; por lo tanto, otras formas de práctica erótica se entienden como necesariamente desviadas o perversas en referencia a este odioso estándar. Especialmente cuando se la enmarca como una ley primordial, como tiende a suceder en algunos escritos feministas lacanianos, *la diferencia sexual racionaliza la heteronormatividad*⁴². Aunque hoy en día la mayoría de los debates académicos sobre la perversión señalan escrupulosamente que la homosexualidad no es necesariamente una formación perversa, aclaraciones tan diplomáticas no cuadran con la insistencia en la prioridad de la diferencia sexual.

este pobre muchacho de la psicosis o algo peor, sino más bien la noción de que podría explicarse a través de imágenes, como si lo que estuviera en juego fuera una representación puramente imaginaria y reconociblemente inteligible de la diferencia entre los sexos. Dado el énfasis lacaniano en la diferencia sexual como parte del orden de lo real (y no de la realidad), uno no puede evitar preguntarse qué aspecto tendrían esas imágenes.

⁴⁰ Miller, “On Perversion,” p. 308. [Miller, Fundamentos de la perversión, p. 18.]

⁴¹ Véase Sandor Rado, “A Critical Examination of the Concept of Bisexuality,” *Psychosomatic Medicine* 2:4 (1940), pp. 459-67. See also Rado, “An Adaptational View of Sexual Behavior,” in *Psychosexual Development in Health and Disease*, ed. Paul H. Hoch and Joseph Zubin, New York: Grune and Stratton, 1949, pp. 159-89.

⁴² Véase Tim Dean, “Homosexuality and the Problem of Otherness,” in *Homosexuality and Psychoanalysis*, ed. Dean and Lane, pp. 120-43.



Por el contrario, Jacques-Alain Miller parece ignorar alegremente los protocolos discursivos que impiden a sus colegas norteamericanos decir lo que realmente piensan sobre la homosexualidad:

Ahora, al hablar de perversión, no puedo evitar pensar en mis pacientes clínicamente perversos. Diría que principalmente, homosexuales masculinos que vienen a análisis día tras día, año tras año, y a los que oímos decir “somos los más honestos”, los que piensan más verdaderamente, los más *self-shooting* de mis pacientes. Espero no sonar muy moralista.⁴³.

Hablando de perversión, Miller parece obligado por cierta lógica a pensar en los hombres gays (sus pensamientos se sienten irresistiblemente atraídos hacia ellos) y luego, sarcásticamente, a ventríloquiar a estos “homosexuales masculinos”, a imitar su discurso, a hablar con su voz. Sin embargo, incluso al hacerlo, es consciente de que algo suena mal en lo que dice o en cómo lo dice. ¿Es una simple cuestión de moralismo o de mero prejuicio lo que está en juego aquí? No quiero morder el anzuelo y hacer una lectura puramente sintomática del ensayo de Miller sobre la perversión (la tentación de pescar un pez en una pecera), porque creo que la ambivalencia psicoanalítica francesa hacia la perversión indica algo más que el heterosexismo y la homofobia cotidianos, por evidentes que sean.

Un movimiento doble –desenmarañar, pero inmediatamente volver a conectar la perversión y la homosexualidad– impregna el discurso psicoanalítico hasta tal punto que sugiere cierta renegación en funcionamiento. Mi sugerencia es que el mecanismo psíquico característico de la perversión misma estructura el discurso laciano *sobre* la perversión, especialmente cuando ese discurso se acerca al tema de la sexualidad no normativa. Esta renegación se presenta en una de varias formas que deseo parafrasear aquí, antes de explorar mi hipótesis con mayor detalle. *Sabemos perfectamente que la homosexualidad no es en sí misma una perversión; pero aun así nuestros ejemplos de perversos son casi siempre hombres gays.* Sabemos (después de Freud) que la perversión es la norma de la pulsión, pero de todos modos todavía existe un tipo de sujeto que deseamos clasificar como perverso. No deducimos la existencia de la perversión de los síntomas o la conducta sino, de la estructura psíquica; sin embargo, tendemos a encontrar que los sujetos perversos exhiben síntomas y comportamientos perversos como el sadismo, el masoquismo, el fetichismo y la homosexualidad.... *Somos muy conscientes, gracias por recordárnoslo, de cómo*

⁴³ Miller, “On Perversion,” p. 307. [Miller, Fundamentos de la perversión, p. 17]





el descubrimiento freudiano invalidó la perversión como concepto legítimo, ¡pero debieras ver cuántos malditos perversos hay por ahí!

La renegación (*Verleugnung*) implica reconocer y negar simultáneamente algún elemento de lo que se conoce como realidad. En la tradición psicoanalítica francesa, que traduce *Verleugnung* de diversas maneras como *désaveu*, *démenti* o *déni*, el ejemplo canónico de esta doble operación se da en la fórmula verbal “*je sais bien, mais quand même...*” (“Ya lo sé, pero aun así...”) ⁴⁴. Esta particular formulación discursiva, que niega y afirma al mismo tiempo, ha sido tomada como característica de la perversión porque, según Freud, sintetiza el mecanismo psíquico que distingue al fetichismo. A partir del somero ensayo de seis páginas de Freud sobre el fetichismo, los lacanianos extrapolan toda una categoría estructural, infiriendo que, dado que el mecanismo de negación específico del fetichismo es el de renegación, el mismo mecanismo debe gobernar todas las llamadas perversiones ⁴⁵. El escepticismo sobre esta inferencia está justificado, dado que el concepto freudiano de pulsión vuelve engañosa cualquier agrupación similar de perversiones dispares bajo la rúbrica de una “estructura” unificadora o mediante una única explicación causal. Tendré más que decir sobre la noción crucial de estructura, pero primero quiero centrarme en qué es lo que se supone que el fetichista reniega.

En la descripción de Freud, es la ausencia del pene de la madre lo que el niño repudia, erigiendo en su lugar un fetiche para protegerlo del conocimiento que preferiría no poseer. El comentario de Mannoni sobre este planteamiento, aunque enturbia las aguas al confundir pene y falo, es lo suficientemente clarificador en otros aspectos como para merecer una cita:

El fetichista ha repudiado la experiencia que le prueba que las mujeres no tienen falo, pero no conserva la creencia de que lo tienen: conserva un fetiche, *porque* ellas no tienen falo. No sólo no

⁴⁴ Véase Octave Mannoni, “Je sais bien, mais quand même...,” in Mannoni, *Clés pour l’Imaginaire, ou l’Autre Scène*, Paris: Seuil, 1969, pp. 9-33. Translated by G. M. Goshgarian as “I Know Well, but all the Same...,” in *Perversion and the Social Relation*, ed. Rothenberg, Foster, and Zizek, pp. 68-92. [Mannoni, Octave, Ya lo sé, pero aun así..., en *La otra escena, Claves de lo imaginario*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1973, pp. 9-27.

⁴⁵ See Freud, “Fetishism,” *Standard Edition*, vol. 21, pp. 152-57 [Freud, Fetichismo, *Obras completas*, vol. 21, pp. 147-52.] Los lacanianos diferencian sus categorías diagnósticas según tres mecanismos psíquicos de negación: la neurosis se distingue por la represión (*Verdrängung*), la psicosis por la forclusión (*Verwerfung*) y la perversión por la renegación (*Verleugnung*).





se ha borrado la experiencia sino que se ha vuelto imborrable para siempre, ha dejado un *stigma indelebili* que marca para siempre al fetichista. Lo que se ha borrado es el recuerdo⁴⁶.

Esta sensación de que la experiencia deja una impresión “indeleble”, que marca al niño de por vida, explica en parte la tendencia a describir la renegación –y por ende la perversión– en términos de *estructura*, como si implicara algo irrevocable, fijo e inmutable. Que la experiencia se registre verbalmente, en una formulación caracterizada por la afirmación y la negación simultáneas (“Ya lo sé, pero aun así...”), facilita la derivación de una estructura psíquica a partir de una lingüística. La noción de renegación ejemplifica así la comprensión psicoanalítica de la subjetividad como un efecto del lenguaje, una comprensión que aparentemente supera el esencialismo psicológico al centrarse en la relación entre significantes en lugar de en alguna interioridad intrapsíquica imaginaria. Precisamente porque Lacan desesencializa la vida psíquica al derivar sus estructuras de las del lenguaje, los teóricos literarios y culturales han encontrado tan atractivo el psicoanálisis francés. Y, sin embargo, el énfasis en el lenguaje existe en tensión con el sentido de determinismo subjetivo implícito en la noción de una estructura psíquica fijada irrevocablemente, como la que se dice que precipita la renegación. Determinar qué se entiende por “estructura” y cuán restrictivo es el “*stigma indelebili*” dejado en nuestro fetichista es una cuestión que requiere un examen más profundo.

Si, como afirma Mannoni, “la creencia en la presencia del falo materno es la primera creencia repudiada, y el modelo de todos los otros repudios”⁴⁷, entonces parece claro por qué las mujeres no se vuelven fetichistas y por qué la perversión debe considerarse un acto de renegación, un “privilegio específicamente masculino”. Sin embargo, incluso Mannoni se ve obligado a admitir que las histéricas femeninas “utilizará(n) el mecanismo de *Verleugnung* con relación a otras creencias... que sobreviven al desmentido de la experiencia”⁴⁸. La omnipresencia de la renegación

⁴⁶ Mannoni, “I Know Well, but all the Same...,” p. 70; [Mannoni, Ya lo sé, pero aun así... p. 10.]

⁴⁷ Mannoni, “I Know Well, but all the Same...,” p. 76. [Mannoni, Ya lo sé, pero aun así... p. 15.] Los traductores al español del artículo de Mannoni eligieron “repudio” como traducción de *Verleugnung*. Aclaración del traductor.

⁴⁸ Mannoni, “I Know Well, but all the Same...,” p. 71. [Mannoni, Ya lo sé, pero aun así... p. 11] Una extensa literatura atestigua la existencia del fetichismo femenino (especialmente lésbico), al tiempo que lo despatologiza como categoría diagnóstica y práctica erótica. Véase Naomi Schor, “Female Fetishism: The Case of George Sand,” in Schor, *Bad Objects: Essays Popular and Unpopular*, Durham: Duke University Press, 1995, pp. 92-100; Emily Apter, *Feminizing the Fetish: Psychoanalysis and Narrative Obsession in Turn-of-the-Century France*, Ithaca: Cornell University Press, 1991; Apter, “Maternal Fetishism,” in *Perversion*, ed. Nobus and Downing, pp. 241-60; de Lauretis, *The Practice of Love*; Elizabeth Grosz,



como fenómeno verbal socava su confiabilidad como índice de cualquier estructura psíquica distinta; y la inconsistencia con la que los lacanianos designan qué exactamente es lo que se está renegando compromete aún más la validez diagnóstica de este criterio particular. Si uno investiga sobre este tema encuentra que el llamado perverso reniega el falo materno; reniega de la castración; reniega de los límites; reniega de la ley de la diferencia sexual; reniega de la ley del lenguaje; reniega la falta en el Otro⁴⁹. ¿Deben entenderse estas diversas formulaciones como expresión de diferentes facetas de una misma problemática, o dan testimonio de una serie de abstracciones generalizadoras basadas en los dos casos de fetichismo descritos por Freud? No deseo sugerir que la renegación sea un concepto completamente insostenible, ya que tiene un valor considerable mostrar cómo se puede abandonar y preservar una creencia al mismo tiempo. Pero ni la formulación verbal de la renegación ni la experiencia traumática de la diferencia anatómica que supuestamente registra pueden explicar de manera convincente algo tan trascendental como un diagnóstico de perversión.

La estructura de la renegación ayuda a explicar las extrañas contradicciones endémicas de las discusiones lacanianas sobre la perversión, en las que somos testigos del abandono y mantenimiento simultáneo de ciertas creencias sobre la sexualidad no normativa. Aquí, por ejemplo, Bruce Fink explica minuciosamente el tema a una audiencia clínica principalmente norteamericana:

Los psicoanalistas lacanianos ven la naturaleza perversa de la sexualidad como un hecho, como algo que se debe dar por sentado; en otras palabras, como algo “normal”. Lo que preocupa a los analistas lacanianos, sin embargo, es un mecanismo específico de negación... Es la evidencia del

“Lesbian Fetishism?” in Grosz, *Space, Time, and Perversion: Essays on the Politics of Bodies*, New York: Routledge, 1995, pp. 141-54; E. L. McCallum, *Object Lessons: How to Do Things with Fetishism*, Albany: State University of New York Press, 1999. In *Unlimited Intimacy: Reflections on the Subculture of Barebacking* (Chicago: University of Chicago Press, 2009)R, en el capítulo 3, elaboro un relato despatologizador del fetichismo que intenta mantener la visión psicoanalítica de la sexualidad como determinada por la fantasía y no por la anatomía.

⁴⁹ Para la definición de perversión basada en la renegación de “la ley de la diferencia sexual”, véase Joan Copjec, *Imagine There’s No Woman: Ethics and Sublimation*, Cambridge: MIT Press, 2002, p. 223; and Juliet Flower MacCannell, *The Hysterical’s Guide to the Future Female Subject*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 2000, p. 18. Para la afirmación de que “la perversión es la renegación del conocimiento de que la separación es permanente”, así como la renegación del “conocimiento del límite”, véase Rothenberg, Foster, and Zizek, p. 3. Para su definición en términos de renegación de “la Ley del lenguaje”, véase Danielle Bergeron, “Perverse Features and the Future of the Drive in Obsessional Neurosis,” in *After Lacan: Clinical Practice and the Subject of the Unconscious*, ed. Robert Hughes and Kareen Ror Malone, Albany: State University of New York Press, 2002, p. 141.



funcionamiento de este mecanismo –no tal o cual comportamiento sexual en sí mismo– lo que lleva al analista a diagnosticar a alguien como perverso. Por lo tanto, en psicoanálisis “perversión” no es un término despectivo, utilizado para estigmatizar a las personas por participar en conductas sexuales diferentes a la “norma”. Más bien, designa una estructura clínica muy específica, con características que la distinguen claramente de la neurosis y la psicosis. El analista puede estar de acuerdo en que *todo* deseo humano es esencialmente perverso o fetichista por naturaleza, pero, sin embargo, mantiene una importante distinción teórica y clínica entre estructura neurótica, digamos, y estructura perversa. En psicoanálisis, la perversión no debe verse como un estigma sino más bien como una categoría estructural⁵⁰.

Esta última frase podría reformularse de manera menos hipócrita si dijera que en el psicoanálisis lacaniano la perversión es una categoría estructural estigmatizada. Es precisamente la disposición a aceptar que “*todo* deseo humano es esencialmente perverso o fetichista por naturaleza”, manteniendo al mismo tiempo la perversión como una categoría diagnóstica aplicable sólo al deseo de *algunos* humanos, lo que sugiere la operación de *Verleugnung*. La impresión de que una renegación está operando se refuerza cuando Fink pretende “hacer que esta discusión sea más concreta” al “recurrir a las perversiones individuales” y “centrarse principalmente en el fetichismo, el sadismo y el masoquismo”, exactamente aquellos estigmatizados comportamientos, divergentes de la norma, que unas páginas antes él mismo insistió en afirmar que *no* eran índices de perversión⁵¹.

“La perversión es un concepto clínico (que espero definir, es lo que propongo) que acompaña toda clase de comportamiento sexual aberrante o anormal”, afirma Miller (mentor de Fink), y agrega: “el diagnóstico de perversión puede ser afirmado en el dato objetivo de la sexualidad desviada.”⁵² No está claro qué podría significar aquí el término “dato objetivo”. Dado

⁵⁰ Fink, *A Clinical Introduction*, pp.166-67; itálicas en el original.

⁵¹ Fink, *A Clinical Introduction*, p.181.

⁵² Miller, “On Perversion,” pp. 310-11. [Miller, *Fundamentos de la perversión*, p. 23.] Sería posible leer esta afirmación, que en otros contextos resultaría increíble, como basada en un error gramatical: tal vez Miller quiera decir que “el diagnóstico de perversión podría basarse en los datos objetivos de la sexualidad desviada”, dando a entender que hay casos en los que no se basaría en criterios totalmente normativos. En una versión anterior de la conferencia de Miller, transcrita y parafraseada por Josefina Ayerza, encontramos la frase en cuestión redactada así: “Incluyendo todo lo concerniente a la sexualidad aberrante o anormal, el diagnóstico de perversión descansa sobre los ‘datos objetivos de la sexualidad desviada’” (Ayerza, “Jacques-Alain Miller’s Perversion,” *Lacanian Ink* 1 [Fall 1990], p.19). La versión de Ayerza parece



que esta afirmación ofrece criterios puramente normativos para el “concepto clínico” de perversión, retrocediendo a una comprensión completamente prefreudiana de la sexualidad, resulta tan inverosímil como el hecho de que todos los textos anglófonos sobre la perversión que se basan en el artículo canónico de Miller pasen por alto estas frases en silencio. Es inútil negar que el yerno de Lacan, jefe del imperio psicoanalítico francés, dice tales cosas en el artículo que recoge su última palabra sobre el tema. Lo que dice, sin embargo, es más complejo, ya que en el mismo artículo Miller reconoce la paradoja eminentemente freudiana de que “la perversión es la norma de la pulsión”⁵³. De acuerdo con lo que Eve Kosofsky Sedgwick ha identificado como la tensión constitutiva entre las concepciones universalizantes y minorizantes del deseo entre personas del mismo sexo, Miller se ve impulsado a elaborar una distinción entre lo que él llama perversión generalizada (“perversión para todos”) y perversión restringida (“perversión como estructura distintiva”)⁵⁴.

A partir de los *Tres ensayos de teoría sexual* de Freud, la idea de que la perversión es la norma de la pulsión da lugar a una explicación poderosamente universalizadora de la homosexualidad que considera la aptitud para fantasías, deseos o actos con el mismo sexo tan extendida que impide la posibilidad de cualquier distinción categórica sobre esta base. Por el contrario, la noción de perversión “como estructura distintiva” permite clasificar, en un gesto minorizante, tipos subjetivos particulares, conocidos como perversos, para quienes ciertos actos son singularmente identificativos. Utilizando los términos que Miller toma prestados de Bataille, podríamos decir que el psicoanálisis freudiano traslada la perversión de la economía *restringida* de la psiquiatría a una economía *general*: una “perversión para todos” cuyas implicaciones evidentemente aún poseen la capacidad de generar malestar⁵⁵. La operación radical que Freud

eliminar la posibilidad de un error gramatical exculpatorio en la propia versión de Miller: el hombre dice lo que parece estar diciendo.

⁵³ Miller, “On Perversion,” p. 313. [Miller, *Fundamentos de la perversión*, p. 28.]

⁵⁴ Miller, “On Perversion,” p. 314. [Miller, *Fundamentos de la perversión*, p. 29.] Para la distinción entre los relatos universalizantes y minorizantes del deseo entre personas del mismo sexo, véase Eve Kosofsky Sedgwick, *Epistemology of the Closet*, Berkeley: University of California Press, 1990. [Kosofsky Sedgwick, Eve, *Epistemología del armario*, Ediciones de la Tempestad, Barcelona, 1998.]

⁵⁵ Véase Georges Bataille, *The Accursed Share*, vol.1, *Consumption*, trans. Robert Hurley, New York: Zone, 1988. [Bataille, Georges, *La parte maldita*, Editorial Icaria, Barcelona, 1987.] Véase también Jacques Derrida, “From Restricted to General Economy: A Hegelianism without Reserve,” *Writing and Difference*, trans. Alan Bass, Chicago: University of Chicago Press, 1978, pp. 251-77. [Derrida, Jacques, “De la economía restringida a la economía general (Un hegelianismo sin reserva, *La escritura y la diferencia*, Editorial Anthropos, Barcelona, 1989, pp. 344-82.)



realiza sobre Krafft-Ebing es negada por la restauración conservadora de Miller que reestablece una economía restringida, en la que actos sexuales particulares vuelven a ser auto-definitorios. Tan pronto como se ha movilizadado la distinción entre economías de perversión generales y restringidas, exacerbando así la tensión entre las explicaciones universalizantes y minorizantes del deseo entre personas del mismo sexo, están maduras las condiciones para la repetición de esta paradigmática renegación: *sé muy bien que la sexualidad humana es perversa, pero aun así sólo algunos sujetos pueden ser clasificados como perversos.*

Las condiciones para esta renegación se ven intensificadas por el estatus equívoco de los actos perversos. Según la lógica de la economía general, las fantasías perversas son universales ya que “la fantasía es perversa por definición”: Serge André insiste en que “la fantasía no nos permite distinguir entre perversión y neurosis, en la medida en que las fantasías de los perversos son exactamente iguales que los de los neuróticos”⁵⁶. Esta lógica, confirmada por Miller, ejerce una presión considerable sobre la “dimensión de la acción” para establecer la distinción requerida:

Entonces, cuando hablamos de perversión, creyendo saber lo que decimos, siempre involucramos un comportamiento sexual activo, desviado del fin, de los medios “normales” de la sexualidad humana.

Diría que la perversión involucra la noción de acción, así que creo que podemos tomar una tesis del psicoanálisis clásico: que los neuróticos tienen fantasías perversas, pero que esto no es similar ni es un diagnóstico de perversión. Lo que necesitamos es una dimensión del acto... la fantasía no es suficiente para ningún diagnóstico de perversión.⁵⁷

Si el concepto de acción ha de alcanzar suficiente rigor para diferenciar la perversión de la mera neurosis, no puede reducirse a la idea familiar de “realizar” [*acting out*] una fantasía inconsciente, ya que eso volvería innecesaria la distinción. Y sin embargo, si no se quiere deducir el concepto lacaniano de perversión sólo de criterios lisa y llanamente normativos, se requiere una justificación adicional. En ausencia de criterios normativos, la dificultad de determinar qué actos califican como auténticamente perversos (en lugar de simples “*acting out*”) se ve agravada por las limitaciones de la escena analítica, en la que el analista sólo es testigo de los actos de habla. Nunca se puede estar seguro de si los actos relatados en el análisis fueron realizados o simplemente fantaseados.

⁵⁶ Serge André, “The Structure of Perversion: A Lacanian Perspective,” in *Perversion*, ed. Nobus and Downing, p. 123.

⁵⁷ Miller, “On Perversion,” p.311. [Miller, Los fundamentos de la perversión, pp. 23-24]



Apelar a la acción como criterio decisivo socava la distinción privilegiada entre un diagnóstico estructural y un diagnóstico convencional basado en síntomas o comportamiento. ¿Cuándo un acto interpretado por su valor diagnóstico no es también sintomático por definición? Mientras que en el marco lacaniano un sujeto puede ser diagnosticado como psicótico en ausencia de síntomas o actos psicóticos, es probable que ningún sujeto sea diagnosticado como perverso en ausencia de actos considerados perversos. Otra forma de enmarcar este problema sería señalar que, en la lucha entre las explicaciones universalizantes y minorizantes de la homosexualidad, los actos ocupan el lado universalizante (en contraste con las identidades, que caen bajo los auspicios de las epistemologías minorizantes), ya que actos entre personas del mismo sexo pueden ser cometidos por cualquier persona, independientemente de su identidad sexual. Sin embargo, en la distinción entre economías de perversión generales y restringidas, los actos han migrado al lado restringido y minorizante de las cosas. Es como si los lacanianos dijeran que, aunque todo el mundo tiene fantasías perversas y, de hecho, cualquiera es capaz de cometer actos perversos, sólo aquellos que los realizan serán clasificados como perversos. Lo engañoso de este razonamiento hace que el discurso clínico sobre la perversión sea perturbadoramente similar a la tristemente famosa política del Departamento de Defensa de Estados Unidos sobre los homosexuales en el ejército, que efectivamente extiende el alcance disciplinario de la heteronormatividad al anular la distinción entre conducta y estatus (es decir, entre acto e identidad) mientras aparentemente insiste en ello⁵⁸.

⁵⁸ Véase Janet E. Halley, *Don't: A Reader's Guide to the Military's Anti-Gay Policy*, Durham: Duke University Press, 1999:

La ominosa maestría legal de la nueva política militar antigay elaboró el aval que otorgó el fallo *de Hardwick* [se refiere del caso *Bowers v. Hardwick*] para criminalizar la “sodomía homosexual” en un sistema semiótico y procesal amplio y flexible para atribuir estatus en función de la conducta y conducta en función del estatus. Las prácticas anti-gay desarrolladas en virtud de las revisiones de 1993 no se centran en la condición ni en la conducta, sino que hacen de la condición un signo de la conducta y viceversa. El mecanismo general de la nueva política militar contra los homosexuales no es la condición ni la conducta, sino una nueva relación volátil y artificial entre ellas. (p.126; itálicas en el original)

[Nota del traductor: Tim Dean hace referencia a la política antigay en el ejército norteamericano conocida como *Don't ask, don't tell*, (No preguntes, no digas) que pretendía resolver el “problema” de los gays en el ejército diferenciando entre “conducta” y “estatus”. Se permitía identificarse como gay (estatus) en tanto no tuvieras relaciones homosexuales (conducta). Pero, de hecho, la distinción no se sostenía: la heteronormatividad extendía su ámbito de aplicación a través de la suposición de que todo el mundo era, de hecho, heterosexual; sólo se podía romper esa suposición cometiendo actos (conducta); no se podía, de hecho, tener el “estatus” (de gay) sin la “conducta inadecuada para el personal militar” porque la fuerza de las suposiciones heteronormativas era muy fuerte.]



En el discurso clínico lacaniano, la “estructura” funciona como cambio de vías entre acto e identidad.

Al hacer de la perversión el índice de una estructura clínica definida, la economía restringida de Miller apela tácitamente a un discurso de identidad o de tipos subjetivos distinguibles. Con esta noción de estructura hemos regresado al “rostro fijo de las perversiones” que Foucault localizó en la psicologización generalizada del sexo en el siglo XIX. No puede haber una perspectiva minorizante sobre la sexualidad y, por tanto, ninguna economía restringida de la perversión –ya sea progresista o reaccionaria– que no recurra a una lógica de la *identidad* sexual. Lo que Freud puso en movimiento a través de su descubrimiento del inconsciente, Miller lo inmoviliza a través del sucedáneo de cientificidad de la “estructura”. La ironía reside no sólo en que la apropiación por parte de Lacan de ideas de estructura provenientes de la lingüística y la antropología pretendía radicalizar la teoría del inconsciente, sino también en que al hacerlo despojó al psicoanálisis de su psicologismo residual, desenmascarando así las identidades subjetivas como meros ardides de desconocimiento imaginario. El compromiso con la estructura –el inconsciente “estructurado como un lenguaje”– despsicologizó el psicoanálisis y, al hacer de la división, la fractura o la dehiscencia la condición de la existencia simbólica, reveló la imposibilidad constitutiva de la identidad subjetiva. Debido a que la reescritura de Freud por parte de Lacan ofreció una explicación tan completamente antiesencialista y, de hecho, antiidentitaria de la subjetividad humana, nos ha parecido –al menos a algunos de nosotros– tan apropiada para los proyectos antiidentitarios más explícitamente políticos de la teoría queer. Pero el uso de la estructura como medida de clasificación subjetiva (como en la noción de “estructura perversa”) reintegra este enfoque psicoanalítico con el proyecto disciplinario de categorizar tipos humanos del que Freud intentó diferenciarlo hace un siglo.

El término *estructura*, invocado como un talismán en todo el discurso lacaniano, tiene significados divergentes y funciones decididamente contradictorias. Dado que Lacan hizo uso de tantas nociones dispares de estructura a lo largo de su obra, centrándose en un momento en estructuras ópticas, en otro en lingüísticas y en otros momentos en estructuras lógicas o matemáticas derivadas del álgebra, la teoría de conjuntos o la topología, difícilmente deberíamos esperar que el término





tenga una resonancia conceptual consistente. Sería más prudente preguntar para qué tipo de trabajo epistemológico o retórico se emplea el término en cada caso particular. Mi preocupación es con el uso de la “estructura” para asegurar categorías diagnósticas agraviantes como la de perversión. El lexicógrafo psicoanalítico Dylan Evans señala que “La nosografía lacaniana es un sistema de clasificación categorial basado en una serie discreta y no un sistema dimensional basado en un *continuum*. Las tres principales estructuras clínicas son por lo tanto mutuamente excluyentes.”⁵⁹. La noción de estructura en juego en esta nosografía parece sospechosamente tipológica, en la medida en que proporciona la base para una rudimentaria clasificación de los sujetos humanos en tres tipos distintos. Las tres estructuras clínicas (neurosis, psicosis y perversión) no sólo son mutuamente excluyentes, sino que también están fijadas para toda la vida. Aquí el término “estructura” connota algo parecido al de “identidad”, no sólo en el sentido de invariante o consistente en el tiempo, sino también en el sentido de designar un tipo de persona o un perfil psicológico (“el perverso”)⁶⁰. Un inconfundible olor a determinismo y esencialismo psicológico se adhiere a la “estructura” en su uso diagnóstico.

Sin embargo, paradójicamente, fue en primer lugar con el propósito de liberar al psicoanálisis de tales determinismos y esencialismos que Lacan recurrió a la lingüística estructural. La concepción saussureana del lenguaje como un sistema estructural, en el que el significado se constituye a través de la relación diferencial entre significantes (más que a través de cualquier relación natural o esencial entre significante y significado), proporcionó a Lacan una noción profundamente desesencializadora de la subjetividad en la que lo que determina la vida psíquica es la posición que cada uno tiene en una red socio-simbólica (más que cualquier cualidad innata). Durante esta fase de su pensamiento, Lacan tomó las estructuras lingüísticas como paradigmáticas, aunque de manera inconsistente. Por ejemplo, en el simposio sobre estructura de la Universidad Johns Hopkins, en 1966, Lacan glosó su famosa descripción del inconsciente como estructurado como un lenguaje diciendo que “esto es una redundancia, porque ‘estructurado’ y ‘como lenguaje’

⁵⁹ Dylan Evans, *An Introductory Dictionary of Lacanian Psychoanalysis*, London: Routledge, 1996, p. 194. [Dylan, Evans, *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*, Paidós, Buenos Aires, 1997, p. 84.]

⁶⁰ En su libro sobre el tema, Joël Dor afirma que, con los diagnósticos psicoanalíticos, “no puede haber perfiles predictivos como los de la medicina” (p. 16). A continuación, sin embargo, hace de la estructura la base de la elaboración de perfiles, argumentando que “estamos en condiciones de desarrollar un modelo de estructuración psíquica fundamental en el que la regulación interna da lugar a diversos *perfiles estructurales* cuya estabilidad puede determinarse a partir de rasgos específicos” (p. 51; énfasis añadido). Joël Dor, *Structure and Perversions*, trans. Susan Fairfield, New York: Other Press, 2001.



significa exactamente la misma cosa para mí”⁶¹. Y, sin embargo, incluso en esta breve conferencia emplea ideas de estructura extraídas de las matemáticas y la lógica formal, así como de la lingüística, para explicar el tema del inconsciente. Independientemente de su derivación particular, de todos modos, la estructura funciona epistemológicamente para desarticular la supuesta unidad del sujeto al insistir en el papel constitutivo de la alteridad en la formación de la subjetividad humana. Si, para Lacan, no hay sujeto sin inconsciente (y por lo tanto no hay subjetividad que no esté fracturada por la alteridad), entonces no puede haber identidad que no sea ilusoria ni personalidad que no albergue una impersonalidad fundamental en su núcleo. De esta manera, la noción de estructura cumple el loable propósito de depsicologizar la subjetividad.

Una vez arrebatada a la psicología, la subjetividad humana ya no puede entenderse como centrada, unificada o colindante con el individuo limitado, sino que debe concebirse como descentrada, dividida o vuelta de adentro hacia afuera. Aunque tendemos a ser bastante optimistas acerca de cómo mapear el interior del cuerpo humano, tras la revolución freudiana deberíamos tener menos confianza en dónde ubicar (y mucho menos cómo mapear) el interior del sujeto. ¿A través de qué modelo podemos conceptualizar el interior del sujeto como externo al cuerpo humano? Alguna noción de estructura sigue siendo indispensable para pensar en las relaciones entre elementos heterogéneos, ya sea que se conciban esos elementos en términos de sujeto y lo social, corporalidad y lenguaje, dentro y fuera, la pulsión y sus objetos, la conciencia y el inconsciente, o imaginario, simbólico y real. En cada caso, el problema epistemológico que enfrenta el psicoanálisis consiste en cómo describir las relaciones entre elementos que ocupan dimensiones ontológicas radicalmente diferentes. Modelos dispares de estructura ofrecen una gama de soluciones a este problema.

Estando sin duda consciente de las tendencias centrípetas tanto en la vida subjetiva como en los modelos lingüísticos promovidos por el estructuralismo más elaborado, Lacan recurrió cada vez más a descripciones matemáticas de la estructura para explicar el tema del inconsciente⁶². A

⁶¹ Jacques Lacan, “Of Structure as an Inmixing of an Otherness Prerequisite to any Subject Whatever,” in *The Structuralist Controversy: The Languages of Criticism and the Sciences of Man*, ed. Richard Macksey and Eugenio Donato, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1972, p. 188. [Lacan, Jacques, El discurso de Baltimore, en *Lacan Oral*, Xavier Bóveda Ediciones, Córdoba, 1983, p. 173.]

⁶² La crítica clásica del centripetalismo estructuralista y de la que puede decirse que inaugura el postestructuralismo es “La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas”, de Jacques Derrida, en *Writing and Difference*, pp. 278-93. [Derrida, Jacques, *La escritura y la diferencia*, pp. 383-401.]



medida que la dimensión de lo real –lo no simbolizable o “imposible”– pasó a primer plano en su pensamiento, Lacan recurrió a la topología de superficies (como la banda de Möbius) y, durante su última década, a la topología de nudos. En esta tarea cada vez más técnica, contó con la ayuda de un joven matemático, Pierre Soury, un experto en topología que acompañaba a menudo a Lacan en sus seminarios para diagramar en la pizarra nudos especialmente complicados. Lo que uno encuentra en el notable trabajo en tres volúmenes de Soury sobre cadenas y nudos son miles y miles de intrincadas estructuras topológicas que dan testimonio de lo que yo llamaría una ciencia de transformaciones referidas al sujeto humano⁶³. La topología lleva al psicoanálisis más allá no sólo de la estructura triangular de Edipo como paradigma, sino también de *cualquier* noción de estructura fija, centrada o invariante.

Los modelos matemáticos de Lacan implican una concepción de estructura sustancialmente diferente a la que está en juego en la categoría diagnóstica de perversión. Como he sugerido, los escritos psicoanalíticos sobre la perversión emplean el término “estructura” de una manera lamentablemente imprecisa, que apenas da un aire de científicidad a torpes formulaciones de normatividad edípica⁶⁴. En el discurso clínico, la “estructura” funciona sobre todo de manera retórica. Por supuesto, el propósito aparente del término es diferenciar el enfoque diagnóstico estándar, basado en síntomas o comportamiento manifiesto, de un enfoque lacaniano, que mira más allá de los epifenómenos de la sintomatología para centrarse en el posicionamiento del sujeto frente al Otro. Sin embargo, cuando se trata de diagnóstico, “estructura” a menudo sirve como pretencioso sinónimo de “estándar” [*pattern*], indicando una constelación de rasgos, verbales o de otro tipo, que permiten un momento Gestalt de reconocimiento por parte del analista. El diagnóstico estructural permite al analista encasillar [*pin down*] al paciente en un tipo identificable. Miller reconoce la satisfacción del analista en este momento del diagnóstico:

⁶³ Véase Pierre Soury, *Chaines et Noeuds*, ed. Michel Thomé and Christian Léger, 3 vols., Paris: Jouve, 1986-1988. Para una introducción útil a la topología lacaniana, véase Ellie Ragland and Dragan Milovanovic, eds., *Lacan: Topologically Speaking*, New York: Other Press, 2004.

⁶⁴ Aunque en este ensayo me centro principalmente en los escritos de Miller (y millerianos) sobre la perversión, podría, con la misma facilidad, haber reunido pruebas de los escritos de Serge André, Jean Clavreul o Joël Dor sobre el tema, ya que todos ellos repiten la misma renegación a la vez que juegan a la ligera con el concepto de estructura. Véase André, *L'imposture perverse*, Paris: Seuil, 1993; Dor, *Structure and Perversions*; and Jean Clavreul, “The Perverse Couple,” in *Returning to Freud: Clinical Psychoanalysis in the School of Lacan*, ed. and trans. Stuart Schneiderman, New Haven: Yale University Press, 1980, pp. 215-33.



Estructura significa que no existe [...] un continuo mental. En el ejercicio clínico que realizamos cuando enseñamos, presentando un caso y hablando de qué hacer con él, surge inevitablemente un momento deliciosamente placentero cuando tenemos que decidir dónde vamos a situar al sujeto de que se habla. Es un momento magnífico en el que supuestamente se muestra la maestría clínica, un momento que realmente no existe en los círculos donde no se utiliza esta cuadrícula [de diagnóstico].⁶⁵

La noción de estructura otorga al psicoanálisis cierta autoridad epistemológica sobre el campo de la sexualidad, asegurando así que el así llamado perverso pueda ser objeto, pero nunca sujeto de conocimiento. En aras de mantener esa autoridad, los lacanianos han dejado de pensar psicoanalíticamente. De hecho, en cuestiones como la “perversión” y la “estructura”, han dejado de pensar en absoluto, prefiriendo recircular estereotipos en lugar de dilucidar las consecuencias, para las categorías diagnósticas, de la producción tardía de Lacan sobre topología. En lugar de tratar la *estructura* como un problema cuyas implicaciones afectan profundamente tanto los esfuerzos clínicos como los críticos, la han tratado como una coartada. Mientras que los así llamados perversos han pasado a otros ámbitos de invención, el psicoanálisis lacaniano parece congelado en otro siglo.

Tim Dean es Catedrático de Inglés James M. Benson en la Universidad de Illinois, Urbana-Champaign, Estados Unidos. Conocido por su trabajo en teoría psicoanalítica y queer, Dean es autor o editor de varios libros, entre ellos *Beyond Sexuality* (2000), *Homosexuality and Psychoanalysis* (2001), *Unlimited Intimacy: Reflections on the Subculture of Barebacking* (2009), y *Porn Archives* (2014). Su libro más reciente, en coautoría con Oliver Davis, es *Hatred of Sex* (2022).

Traducción: Jorge N. Reitter

⁶⁵ Miller, “An Introduction to Lacan’s Clinical Perspectives,” p. 242.

